

# La ola tecnológica de SANTA CRUZ

Comenzó a transformarse en un destino de surfistas hace 130 años, cuando tres príncipes hawaianos se deslizaron en sus tablas por el río San Lorenzo.

Pero durante los últimos años, Santa Cruz, en California, busca montarse sobre la ola tecnológica que irradia la comunidad vecina, Silicon Valley. Aquí, los conflictos de identidad de un pueblo playero en plena transición.

POR *Andrea Muñoz H., desde Estados Unidos.*

La historia depende de la ruta que uno elija para llegar a Santa Cruz. Saliendo de San Francisco, una opción es tomar la California-1, una carretera costera que tiene una sola pista y ritmo de viajero lento, siempre mirando el mar. Por eso resulta el prólogo perfecto para el Santa Cruz que aparece tras casi dos horas de camino, al norte de la península de Monterey, donde viven poco más de 60 mil personas y el horario parece amoldarse al movimiento del agua.

Lo pienso un viernes de agosto a las once de la mañana, cuando no consigo ubicar a la persona con la que tenía planeado juntarme. Se supone que estaría esperándome en su oficina, pero partió intempestivamente a surfear a la playa, confiesa más tarde. Me lo había advertido un meteorólogo autodidacta llamado Mark Sponsler, quien se especializa en predecir olas grandes.

—Esto no es como en el golf, donde puedes programar tu salida para las seis de la mañana. En este juego puede que a las seis de la mañana no haya cancha.



**VISTA AL MAR.** Casi un tercio de los habitantes de Santa Cruz viaja todos los días en auto a Silicon Valley, donde están sus puestos de trabajo.

Hoy había cancha. Después de cuarenta minutos de espera, parto a Pleasure Point, uno de los puntos surfistas más famosos del pueblo. A esta hora, las olas les llegan al cuello a los surfistas que logran montarse

en sus tablas. Hay decenas de ellos aprovechando la racha, todos en trajes oscuros y mirando el mismo punto en el horizonte. Parecen esfinges negras planeando puzzles en el agua.



**NUEVOS TIEMPOS.** Con 62 mil habitantes, Santa Cruz combina su estilo de vida retro con la modernidad de vecinos como Palo Alto y San José.



Se me acerca un tipo de unos veinte, treinta, cuarenta años.

—Lindos lentes, como de John Lennon.

En la esquina de la Avenida 33 con East Cliff Drive, a pocos metros del océano, somos los únicos vistiendo algodón y no neopreno. Le pregunto si es de aquí y contesta que de por aquí y de por allá y de todas partes; duerme en un auto. Y que sí, esto es siempre igual, cada vez que hay olas, hay gente en el mar. Es tradición local intentar surfear en dirección a esa casa, dice apuntando una construcción de madera verdosa, asomada al acantilado.

—¿Por qué a esa casa?

—Porque es la de Jack.

Jack es Jack O'Neill, el de los trajes de neopreno. Fue el primero en comercializarlos, a comienzos de los años cincuenta, y tiene lógica que la inspiración le haya llegado aquí: en invierno, la temperatura del mar llega a los cuatro grados.

Me cuenta que solía ver a O'Neill de madrugada, con su mata de pelo blanco y parche en el ojo, caminando desde su casa hasta el mirador donde estamos

parados (después leo que O'Neill perdió el ojo izquierdo hace más de cuarenta años, surfear en otra playa del pueblo, a pocos kilómetros de acá). Pero Jack está viejo y ya casi no sale.

—Una pena— me dice—. Era buen conversador.

**Otra manera de llegar a Santa Cruz** es a través de la California-17, una carretera que atraviesa montañas pobladas de secuoyas antiguas, tan altas como campanarios. Pero a diferencia del camino de la costa, aquí es la vista o la vida: las curvas son temperamentales, el ritmo acelerado y los accidentes frecuentes. No es un camino demasiado extenso, apenas unos 50 kilómetros separan Santa Cruz de San José, autoproclamada capital de Silicon Valley. Pero la estrechez de sus curvas constituye una especie de muralla psicológica entre el pueblo playero y el mundo de Google, Apple o Intel. En Santa Cruz, tomar este camino es ir “al otro lado de la montaña”.

Quizás de ahí la personalidad santacruceña, tan diferente a la de sus vecinos más cercanos. No hay



**HITO.** Un sitio famoso en Santa Cruz es Pleasure Point. Está frente a la casa de Jack O'Neill, el primero en vender trajes de neopreno.

canchas de golf como en Monterey; en Santa Cruz hay barco pirata, bares donde fumarse un cigarro y bancas públicas—éstas casi han desaparecido de las ciudades más acaudaladas, por temor a atraer a los que no tienen donde más sentarse—.

Con todo, pese al aire playero y demorado, cerca de 18 mil santacruceños recorren diariamente la California-17 rumbo a sus puestos de trabajo en Silicon Valley. Es casi un tercio del pueblo. “Hay un montón de gente que escoge vivir en Santa Cruz por el estilo de vida que ofrece. Pero pasan un

montón de horas en el auto para llegar al trabajo”, me dice Toby Corey cofundador de Tuul, una *startup* que se instaló en Santa Cruz hace poco más de un año.

Estamos almorzando en un restaurante que queda a pasos de su oficina, en pleno centro. La oficina queda al lado de una casa de empeños, es decir, pinta corporativa la calle no tiene. Pero esta compañía acaba de capturar más de 4 millones en capital de riesgo y planea contratar a 100 empleados durante los próximos 12 meses.

Corey podría haber comenzado su empresa en San Francisco, Mountain View o Palo Alto, pero él y su cofundador, Wayne Tsuchitani, optaron por instalarse aquí, me explican mientras comemos, justamente para intentar atraer a esa población flotante que viaja diariamente al





**HISTÓRICO.** El parque de diversiones junto al muelle de Santa Cruz es actualmente el más antiguo de California, construido en 1907.

otro lado cerro.

Tiene sentido. En Silicon Valley, la competencia por acaparar personal ha desencadenado una especie de carrera armamentista en términos de beneficios laborales. Una empresa comienza a ofrecer sushi a la hora de almuerzo. En menos de lo que canta un gallo, las demás se ponen a hacerle espacio a canchas de vóleybol y salas especialmente acondicionadas para la siesta de sus empleados. Pero en Santa Cruz no hay para qué recurrir a esas extravagancias: vienen con el lugar. Desde esta oficina, les tomaría menos de quince minutos caminar a la montaña rusa que está en la playa. “Nosotros ofrecemos agua embotellada”, me cuenta Tsuchitani. “Y eso costó una pelea”.

Él se fue a vivir a Santa Cruz hace 30 años y durante mucho tiempo también trabajó al otro lado de las montañas. Cuando lo hacía en San Francisco, pasaba cuatro horas arriba del auto. Quince años atrás, trató de levantar capital para montar acá una empresa.

—En esa época, los inversionistas me contestaron que me financiarían siempre y cuando instalara la empresa en Palo Alto o Menlo Park, pero que de ninguna manera iban a manejar a Santa Cruz para una reunión de directorio. Y eso ha cambiado algo. Muchos de ellos ahora tienen casa en la playa acá.

Otros se han mudado, derechamente. Es el caso de Bud Colligan, quien después de pasar casi veinte



años yendo a Santa Cruz de vacaciones decidió mudarse de manera permanente. Y se trajo consigo su negocio. Al año de haberse instalado, organizó un grupo de inversiones llamado Central Coast Angels, que reúne a otros veinte veteranos de Silicon Valley ligados a Apple, Google o Paypal, entre otras empresas. El objetivo es invertir exclusivamente en *startups* locales.

Por teléfono, me explica así su principal motivación personal.

—Mi mujer y yo decidimos que queríamos vivir cerca del mar.

**En teoría, Santa Cruz** lo tiene todo para transformarse en un polo de desarrollo tecnológico. La universidad, emplazada en las montañas, forma parte de la prestigiosa red de educación pública californiana. Entre sus habitantes abundan los ingenieros y programadores. Pareciera que hay acceso a capital.

Tiene sentido, pero luego uno camina por las calles de este pueblo y no tiene sentido alguno. En su centro parece haber más librerías que oficinas y más tiendas de surf que todo lo demás. Y es verdad que en su universidad hay especialistas sobresalientes en carreras científicas y técnicas —destacan especialmente en el diseño de videojuegos y en investigaciones sobre el genoma humano—. Pero aquí también trabaja el mayor experto en Dead Studies y su especialidad no tiene nada que ver con necrologías ni autopsias. Lo de Dead es por los Grateful Dead.

Si la mascota universitaria de UC Berkeley es un oso, la de UC Santa Cruz es un *banana slug*: una babosa de color amarillo eléctrico, que vive a los pies de las secuoyas, avanzando a un enigmático ritmo de 17 centímetros por minuto. Fue la mascota de facto desde los inicios de esta casa de estudios; en parte, una declaración de principios contra la velocidad turbo competitiva que manda al otro lado de la montaña.

Siempre ha sido el lugar que quedó más allá, una especie de frontera. “Desde sus comienzos, Santa Cruz fue incapaz de atraer las fortunas que llegaron a Monterey o Carmel. Es un lugar a trasmano, fuera de la ruta tradicional”, dice el profesor William Domhoff desde el instituto de sociología de esta universidad. “Alguien una vez lo puso así: Santa Cruz es el Santa

Bárbara del pobre. Es la verdad”, agrega.

Con todo, tuvo sus quince minutos de fortuna. En el siglo pasado existía una tercera ruta hasta este trecho de costa: dos líneas ferroviarias conectaban el pueblo con el resto de California. Y esta era la California del oro, en pleno proceso de expansión.

Después de dedicarse por algunas décadas a la industria maderera y sus derivados, los trenes abandonaron los cargamentos de troncos y comenzaron a traer turistas. Primero turistas ricos: Theodore Roosevelt visitó esta playa en 1903. Luego turistas más pobres, que llegaban desde San Francisco o San José en el *Suntan Special*, un servicio de bajo costo que partía temprano en la mañana y regresaba al atardecer.

Decir que la ciudad recibía a estos visitantes con los brazos abiertos sería poco. Durante la depresión de los años 30, los recibía con una banda de bronce. Testimonio de esos años es la montaña rusa que todavía sigue en pie, el *Giant Dipper*. Hecha de palos, es una de las más antiguas de Estados Unidos.

**Ese pasado alegre y musical** no duró demasiado tiempo.

En los años cincuenta, Santa Cruz era un pueblo de un racismo solapado, insólitamente conservador. Al punto de que en 1956, las autoridades locales declararon ilegal el *rock and roll* y eso pasó al día siguiente de que se presentara en el pueblo Chuck Higgins and his Orchestra. Todos sus integrantes eran afroamericanos.

Pero el espíritu político de la ciudad se pegó un vuelco diez años después. En 1965, UC Santa Cruz abrió sus puertas. Se especializaba en artes liberales, no tenía ningún interés en destacarse en las ligas de deporte universitario y desincentivaba que sus alumnos



### ESTUDIOS PLAYEROS.

Fundada en 1965, la Universidad de Santa Cruz se caracteriza por su espíritu liberal y su diseño íntimo y ajeno a las grandes construcciones.

formaran fraternidades. No fue solo el plan académico, también el contexto histórico influyó en ese giro a la izquierda, según señala en un ensayo el profesor William Domhoff. Cuando terminó el primer semestre, Estados Unidos había pasado de 3.500 a 175.000 soldados en Vietnam. Todo el mundo salió a la calle.

Desde entonces, Santa Cruz ha sido uno de los enclaves más progresistas estadounidenses. Se nota en la altura de sus edificios y en lo despoblada de la costa. Un ejemplo es Lighthouse Field, un parque estatal al oeste del pueblo, que fue protegido en 1978, tras casi una década de activismo de vecinos y ambientalistas.

El día que lo visito, cuento solo un edificio: un faro de ladrillos inusualmente pequeño, que hoy día aloja el museo del surf. No podría estar en un lugar más apropiado, pues tiene vista a Steamers Lane, el punto donde rompen las olas más famosas del pueblo. Son casi las cinco de la tarde y hay decenas de personas surfear en el agua.

Aquí en la tierra, una mujer le habla a un niño, apuntando al mar con el dedo. Mira más allá de las rocas, más allá de los surfistas. Iba pasando una ballena.

**Santa Cruz está rodeada de arrecifes** y eso se traduce en 70 puntos surfistas de renombre dentro de los 64 kilómetros de

costa que abarca el condado. Pero además de contar con una topografía submarina privilegiada, este trecho de la bahía de Monterey mira hacia el sur, lo que la protege de los vientos del Ártico (similar a lo que ocurre en Pichilemu en relación a la Antártida). En otras palabras, rompen olas abundantes y entran pulcras a la playa.

Eso la convierte en un lugar codiciado. Por inversionistas, emprendedores y surfistas. Aunque en Santa Cruz, los grupos tienden a confundirse.

—Cuando yo era chico existía esta idea de que el surf era para los *beach bums* (un vago playero), pero la verdad es que eso ya no es el caso. Si vas a surfear, más te vale que tengas un buen trabajo. Las casas frente a la playa son carísimas.

Esto me lo dice uno de los atletas santacruceños más destacados, en el jardín de su casa, que queda a tiro de piedra del mar. Se llama Shawn Dollar, es oriundo de Santa Cruz y se especializa en surf de olas gigantes. Por gigante entiéndase una muralla de agua de dieciocho metros y medio, a 160 kilómetros de la costa de San Diego, que surfear en mayo de 2013, rompiendo su propio record Guinness y embolsándose tres premios Billabong XXL, especies de Oscar de este deporte, que se entregan en Los Angeles, previa gala con alfombra roja.

Los surfistas santacruceños son conocidos por cuidar con celo su



**LOCAL.** Neal Coonerty, antiguo alcalde de la ciudad. Su familia es propietaria de Santa Cruz Bookshop, la más antigua del pueblo.

espacio. Un ejemplo de ese territorialismo son los anuncios que aparecieron por el pueblo un par de veranos atrás, alertando sobre la presencia de tres tiburones blancos en los enclaves surfistas más populares del pueblo. Imitaban puntillosamente el estilo de un comunicado oficial, salvo quizás por una oración. “Se aconseja enfáticamente permanecer fuera del agua durante las próximas 48 horas o surfear en Cowells”, decía el papel. La mención a esa playa debe haber levantado más de alguna ceja. Cowells es donde turistas y niños locales aprenden a surfear.

Ese día en su casa, le pregunto a Dollar qué le parece el ecosistema tecnológico que pareciera estar surgiendo en el área. Después de todo, a emprendedores e inversionistas también les gusta surfear.

—Me encanta, creo que es un progreso. A mí me gustaría que en el futuro se hablara menos de la cantidad de personas sin casas y de los robos a las casas, y más sobre esto. Ver más emprendedores creando oportunidades de trabajo.

Con lo de las “personas sin casas” y “los robos a las casas” Dollar está aludiendo a un debate que se ha instaurado en el pueblo durante el último tiempo. Converso sobre eso con Neal Coonerty, un antiguo alcalde de la ciudad y ex dueño de Santa Cruz Bookshop, la librería más antigua, hoy en manos de su hija.

—Yo a veces siento que tienen que ver con la tecnología. Entre estas cinco o seis cuadras del barrio tenemos un *chat*, así que cada vez que desaparece algo de una casa, la gente lo informa ahí. Y quizás por eso de pronto tienes la idea de que en cada esquina hay un ladrón esperándote. La verdad es que yo no estoy seguro de que el crimen haya aumentado. Aunque sí hemos tenido un par de crímenes espectaculares, cosas horribles.

A comienzos de agosto apareció muerta en un basurero una niña de 8 años. El principal sospechoso es su vecino de 15. Sé de lo que está hablando Coonerty. Los crímenes californianos ocurren poco, pero se te graban en la cabeza.

Una década atrás, me cuenta instalado en el comedor de su casa, su librería comenzó a vender calcomanías con la máxima no oficial del pueblo, “Keep Santa Cruz Weird” (“Mantén Santa Cruz raro”). Pero de un tiempo a esta parte, ha comenzado a aparecer otro lema, “Keep Santa Cruz Safe and Clean” (“Mantén Santa Cruz limpio y seguro”).

—Lo que queríamos decir con esa frase era: mantengamos a los músicos callejeros en el centro, mantengamos el pueblo interesante. Pero la gente lo interpretó como si estuviéramos abrazando la cultura de las drogas o alguna cosa por el estilo. Fue muy controversial.

—¿Y todavía venden la calcomanía?

—Claro que sí. E incluso una polera que dice lo mismo. Se venden muy bien. **D**